

# LA CORTE ITINERANTE DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE PORTUGAL

THE ITINERANT COURT OF THE EMPRESS ISABELLA OF PORTUGAL

ISIDORO JIMÉNEZ ZAMORA

*Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)*

## RESUMEN

Isabel de Portugal asumió el gobierno de los reinos hispánicos en varias ocasiones entre 1528 y 1538 por las ausencias de Carlos V. La Corte se fue desplazando de un lugar a otro en torno al área que forman las ciudades de Valladolid, Madrid y Toledo. La emperatriz buscó en todo momento el mejor emplazamiento para proteger la salud de sus hijos, sin alejarse de los habituales centros de poder. Durante la Gran Regencia (1529-1533) Isabel se asentó en siete lugares, siendo Madrid la sede preferente. Desde allí, la Corte se hizo más itinerante que nunca en 1533 al adentrarse por los caminos de Castilla y Aragón con destino a Barcelona, donde se produjo el reencuentro de Isabel y Carlos. Dos años más tarde, Madrid primero, y Valladolid después, se convirtieron en sedes más estables de los últimos gobiernos de la emperatriz. Sus cartas y los testimonios de sus contemporáneos nos acercan a las circunstancias y a las características de los movimientos de la Corte de Isabel.

**PALABRAS CLAVE:** Isabel de Portugal, Carlos V, Corte, viaje, gobierno.

## ABSTRACT

Isabella of Portugal took the Government of the Hispanic kingdoms at various times between 1528 and 1538 by the absences of Charles V. The Court was moving from one place to another in the area comprising the cities of Valladolid, Madrid and Toledo. The Empress sought at all times the best location to protect the health of her children, without straying from the usual centres of power. During the Great Regency (1529-1533) Isabella settled in seven places, being the preferential headquarters Madrid. From there, the Court became more traveling than ever in 1533 to enter on the paths of Castile and Aragon destined for Barcelona, where there was the reunion of Isabella and Charles. Two years later, Madrid first, and then Valladolid, became more stable centres of the last governments of the Empress. Her letters and testimonies of contemporaries bring us closer to the circumstances and the characteristics of the movements of the Court of Isabella.

**KEYWORDS:** Isabella of Portugal, Charles V, Court, travel, government.

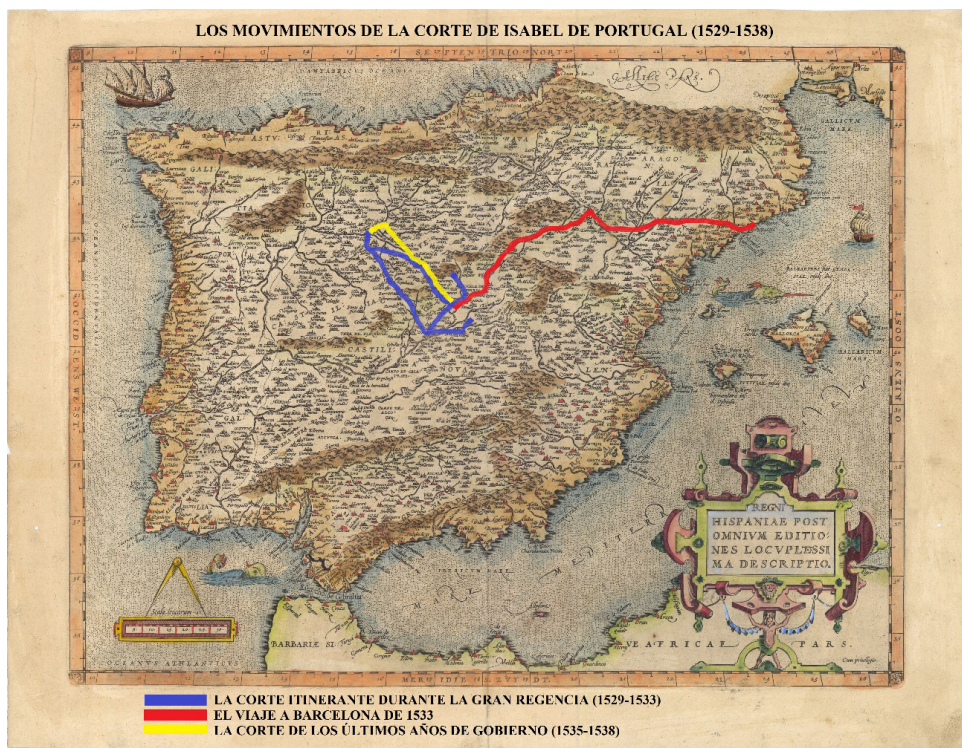
## INTRODUCCIÓN

---

La princesa Isabel de Portugal contrajo matrimonio con Carlos V en el Real Alcázar de Sevilla en la noche del 10 de marzo de 1526. Fue el comienzo de un corto pero intenso viaje vital que tuvo su correspondencia en los numerosos trayectos que ambos protagonizaron durante los siguientes trece años, hasta el momento de la muerte de la emperatriz en 1539. La pareja imperial convivió y viajó durante seis años, pero no de manera continua por las ausencias de Carlos. Incluso cuando estaban juntos durante bastantes meses, se separaban en ocasiones por un espacio breve de tiempo, por la afición a la caza del emperador o por los retiros espirituales de este durante la Semana Santa.

Los viajes al exterior de Carlos obligaron a Isabel a asumir las funciones de gobernadora y lugarteniente general de los reinos hispánicos; de su conjunto en la mayor parte de las ocasiones, y de la administración de Castilla en dos breves momentos mientras el César se encontraba en tierras de la Corona de Aragón. Fueron en total siete años y dos meses, es decir más de la mitad del tiempo que duró el matrimonio imperial. La gobernadora Isabel ejerció el poder desde Castilla en una Corte itinerante, que se adentró en una ocasión en Aragón. La sede isabelina tuvo la necesidad de moverse con cierta frecuencia en los primeros años, presentando en los últimos una mayor estabilidad.

Así pues, el viaje, con un intenso y complejo movimiento de cortesanos, preparando siempre el siguiente desplazamiento, condicionó la vida y la acción de la emperatriz. El motivo fundamental para trasladarse de un lugar a otro estuvo relacionado con los problemas de salubridad, por lo que había que buscar de manera periódica el mejor lugar para ella y sus hijos. Y siempre, sin distanciarse demasiado de los centros de poder tradicionales, a la espera del regreso de Carlos. Isabel de Portugal llegó a España viajando a través de tierras extremeñas y andaluzas. Tras los meses felices de la luna de miel en Sevilla y Granada, emprendió, junto a Carlos, la ruta hacia Castilla. Desde allí, pasó a dirigir la Corte y sus movimientos. Los más relevantes fueron los sucesivos cambios de esta durante los años de la Gran Regencia (1529-1533), el viaje de Madrid a Barcelona de 1533 al encuentro de Carlos, y los ajustes territoriales de una Corte más estable en sus últimos años de gobierno entre Madrid y Valladolid.



**Movimientos de la Corte de Isabel de Portugal durante sus etapas de gobierno entre 1529 y 1538.**

Fuente del mapa: ORTELIUS, Abraham, *Mapa de España*, Instituto Geográfico Nacional, Cartoteca: [http://www2.ign.es/MapasAbsysJPG/0003\\_11-F-12.jpg](http://www2.ign.es/MapasAbsysJPG/0003_11-F-12.jpg) –Consultado el 26 de marzo de 2019–.

## 1. EN BUSCA DEL LUGAR MÁS SALUDABLE

Isabel de Portugal tuvo que encargarse del gobierno de los reinos en cinco ocasiones. Su primera experiencia política se produjo entre el 23 de abril y el 4 de agosto de 1528. Durante estos meses quedó como regente solo de Castilla, mientras Carlos viajaba a Valencia y Aragón. Por primera vez se ponía también al frente de la Corte, instalada en el Alcázar de Madrid, la tercera gran fortaleza en la que se alojaba tras sus estancias, dos años antes, en el Alcázar de Sevilla y en la Alhambra de Granada con motivo de la luna de miel. El príncipe Felipe cumplió en mayo un año de edad, y justo al mes siguiente, el 21 de junio, nació el segundo de sus hijos, la infanta María, la que con el tiempo alcanzaría también el título de emperatriz. Esta breve etapa como

gobernadora le permitió coger el pulso de la acción política y conocer a fondo los entresijos de la Corte. Pero el momento de la verdad para Isabel llegó poco después al tener que hacerse cargo del gobierno de los reinos españoles durante cuatro años. Carlos V inició entonces un largo viaje que le llevó a Italia, donde sería coronado por el papa Clemente VII, y también a tierras alemanas y flamencas. El emperador dejó a su esposa al frente de la administración y de la Corte en Toledo el 8 de marzo de 1529. No volverían a verse hasta el 22 de abril de 1533.

La emperatriz, a sus 25 años, comenzó a desplegar sus habilidades políticas, pese a contar con las instrucciones de su marido y los consejeros que este había designado. Desde el primer momento demostró sus capacidades y fue trazando su propio plan de gobierno. Con prudencia, pero con firmeza, actuó con un alto grado de autonomía, aunque sin desviarse en lo esencial de la idea trazada por el César. Así pues, el gobierno fue para Isabel un objetivo fundamental, pero sus responsabilidades oficiales no eran incompatibles con otras dos importantes misiones. Por una parte, sus obligaciones espirituales, entregada a la oración, haciendo donaciones en iglesias y monasterios, y buscando el contacto directo con los templos de su entorno. Por otro lado, la atención a su familia, a su marido Carlos y a sus hijos, Felipe y María, de dos y un año de edad respectivamente. Para ella era muy importante extremar al máximo los cuidados de los pequeños, y, además, esperaba a su tercer hijo, al que Carlos, ausente durante tanto tiempo, no pudo conocer.

¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a Isabel de Portugal a cambiar la sede de la Corte durante esta etapa que denominamos Gran Regencia (1529-1533)? El principal, sin duda, la búsqueda de un lugar saludable, teniendo en cuenta los brotes de peste y otras enfermedades que salpicaban una y otra vez a las villas y ciudades de Castilla. Los golpes de la vida, con la muerte de dos de sus hijos, la frágil salud del príncipe y la suya misma la llevaron a elegir siempre en función de la salubridad de la zona<sup>1</sup>. Los lugares idóneos eran aquellos situados en mayor contacto con la naturaleza y con temperaturas frescas. También así, Isabel lograba apartarse del ruido del espacio más público de la Corte, de la que participaba, pero de la que huía todo lo que podía para refugiarse en sus quehaceres políticos y personales. Al margen de la cuestión de salubridad, Isabel también se vio obligada a hacer otros movimientos de la Corte por causas políticas; en todo caso, siempre en torno a espacios cercanos a las sedes más habituales, entre Valladolid, Madrid y Toledo.

---

<sup>1</sup> En el verano de 1528 Isabel y el príncipe Felipe tuvieron fiebres tercianas. La salud del heredero se vio muy afectada y la emperatriz recurrió a las aguas de la fuente de San Isidro de Madrid. Su recuperación fue considerada como un milagro, por lo que Isabel mandó erigir una capilla sobre la fuente. VALES FAILDE, Javier, *La Emperatriz Isabel*, Madrid, M. Aguilar, 1944, p. 273.

Isabel, desde su entrada en España en 1526, había visto cómo se organizaban y se desarrollaban estos desplazamientos, con un sinfín de cortesanos, criados, damas, personas en busca de fortuna, y con numerosos enseres y objetos de uso cotidiano. Eran problemas habituales el abastecimiento, la inseguridad, la incomodidad de los caminos y, por supuesto, todo lo relacionado con la salud y la higiene de los lugares frecuentados. Conocía igualmente cómo todo esto afectaba a la población de cada sitio, fuera una parada de poco tiempo o fuera para el establecimiento de la Corte durante semanas o meses. Al mismo tiempo que despachaba a diario asuntos como la defensa de las fronteras, la presión musulmana, la amenaza francesa, los problemas económicos y nobiliarios, y los relacionados con sus señoríos, sin olvidar la información que llegaba de las Indias, la emperatriz se preocupó por el asentamiento y la movilidad de la Corte.

En busca del mejor lugar, el poder real conoció siete sedes fijas y otros tantos desplazamientos de menor duración. La Corte estuvo en Toledo hasta agosto de 1529, en medio de un ambiente de fiesta y de celebración en el que Isabel se veía obligada a participar, pese a su tono apagado y discreto. Una Corte que acogía también a destacados escritores y artistas, como los pintores Juan de Borgoña y Juan Correa de Vivar. Solo semanas después de la partida del emperador, Isabel enfermó de tercianas, lo que la llevó a dictar el primero de sus testamentos<sup>2</sup>. Meses más tarde, una epidemia de viruela recomendó un rápido traslado a Madrid. Las enfermedades y la salubridad de ciudades y villas determinaban los desplazamientos reales.

Las obras para acondicionar el Alcázar madrileño estaban en su fase inicial. Entre otras cosas, la regente había ordenado habilitarlo a su gusto con retratos de la familia real portuguesa. Pero ni en este momento ni más tarde volvió a alojarse en esa fortaleza, cuyo estado conocía perfectamente por la estancia del año anterior. La Corte quedó fijada en Madrid hasta octubre de 1530 y la familia imperial residió en las casas de Pero Laso. Allí nació el tercero de sus hijos, el infante Fernando, el 21 de noviembre. Una alegría momentánea en vísperas de la primera Navidad que pasaría en España sin Carlos. Isabel quería conocer de su marido y las cartas eran insuficientes, por lo que comenzó a preparar viajes para enviados especiales a los lugares en los que se encontraba el emperador con el fin de saber con más precisión cómo estaba y qué necesitaba. No olvidó la afición a la caza de su esposo y dio orden para cuidar los montes de El Pardo y los alrededores de Buitrago para cuando regresara. Pensando en ella misma, para satisfacer sus necesidades religiosas, mandó construir un pasadizo

---

<sup>2</sup> SANDOVAL, Prudencio de, *Historia del emperador Carlos V*, t. V, Madrid, La Ilustración, 1847, p. 263.

que conectara su residencia con la cercana iglesia de San Andrés<sup>3</sup>, algo que volvería a repetir años después en Valladolid. Aunque la Corte estuvo durante estos trece meses y medio en Madrid, en algunas ocasiones abandonó la villa. Ocurrió, por ejemplo, entre el 20 y el 23 de marzo de 1530, mientras dirigía la negociación para liberar a los dos hijos de Francisco I, retenidos en Castilla desde hacía cuatro años. Acompañó hasta Torrelaguna, a sesenta kilómetros de su residencia, a Leonor, su cuñada y madrastra al mismo tiempo, que se iba a convertir por fin en la nueva esposa del monarca francés. De vuelta a Madrid, pernoctó en Alcalá, donde fue recibida con grandes festejos<sup>4</sup>. Cuatro meses más tarde, la Corte se visitó de luto. El 13 de julio falleció su tercer hijo, el infante Fernando, que no alcanzó los ocho meses de vida.

Después del verano de 1530, con la mente aún puesta en la dolorosa pérdida de su hijo Fernando y con las enfermedades que volvían a golpear a la población, Isabel decidió abandonar Madrid. En esta ocasión, las noticias llegaban hasta la Corte inglesa, donde el rey Enrique VIII llegó a hablar de plaga furiosa y a comentar que la emperatriz apenas podía encontrar lugares seguros para residir<sup>5</sup>. Pero halló uno, Ocaña, a 65 kilómetros, que parecía el idóneo. Se descartaron otros sitios como Guadalajara, porque muy cerca, en Sigüenza, la gente también moría de peste. En dirección a Ocaña, la comitiva isabelina se detuvo en Illescas y luego se encaminó hacia Toledo, rodeando la ciudad para no pasar el Tajo en barca. La Corte permaneció en Ocaña siete meses, entre octubre de 1530 y mayo de 1531. Allí siguió la máquina política de la regencia, salpicada de noticias tristes como la muerte de Margarita de Austria, la gobernadora de los Países Bajos. Llegada la primavera, la emperatriz y sus hijos se acercaron unos días a Aranjuez, a solo quince kilómetros; la villa era propiedad real desde hacía ocho años y contaba con su propio palacio regio. Para entonces, Isabel ya había pensado en cambiar de nuevo de sede. Ocaña era un lugar muy seco, caluroso y con poca agua, que casi se acababa en verano, según le contaba el conde de Miranda, uno de los consejeros más importantes de Isabel, a Carlos V en una carta fechada el 14 de abril de 1531<sup>6</sup>. Así pues, era necesario encontrar un lugar fresco y sano para pasar el verano y Ávila pareció ser el sitio ideal, tal y como escribía desde

---

<sup>3</sup> REDONDO CANTERA, María José, “Palacios para una emperatriz itinerante. Usos residenciales de Isabel de Portugal”, *Matronazgo y arquitectura. De la antigüedad a la edad moderna* (ed. Cándida Martínez López y Felipe Serrano Estrella), Granada, Ed. Universidad de Granada, 2016, p. 291.

<sup>4</sup> JIMÉNEZ ZAMORA, Isidoro, *Isabel de Portugal, gobernadora. El poder a la sombra de Carlos V*, Madrid, Síntesis, 2019, p. 191.

<sup>5</sup> GAYANGOS, Pascual de, *Calendar of State Papers*, vol. IV, I, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1879, pp. 791-809. Carta del embajador Eustache Chapuys a Carlos V, s. l., 13 de noviembre de 1530.

<sup>6</sup> Archivo General de Simancas (AGS en adelante), Estado, l. 22, f. 139.

allí al emperador, el arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca<sup>7</sup>, el otro gran consejero de Isabel, junto al citado conde de Miranda, el arzobispo Tavera y don Juan Manuel.

El 17 de mayo de 1531 la Corte emprendió una marcha de siete días hasta Ávila, parando una o dos noches en localidades como Yepes, Toledo e Illescas. El día 24 la ciudad abulense recibió a la familia imperial con un gran espectáculo de música y danzas en el que participaron unos seiscientos jóvenes, y, según los testigos, Isabel parecía muy divertida. Como venía ocurriendo desde que llegaba por vez primera a una ciudad, las calles estaban engalanadas y en el recorrido se habían dispuesto varios arcos triunfales. La emperatriz y sus hijos quedaron alojados en el Palacio de los Velada, junto a la Catedral y la sede episcopal. Su propietario, Gómez Dávila, se había significado años antes como un destacado comunero, pero fue perdonado y se reconcilió con la Corona<sup>8</sup>. Isabel estuvo presente en varios actos festivos, presidió corridas de toros y acudió con frecuencia a la Catedral. Además, el 26 de julio, festividad de Santa Ana, tuvo lugar un acto simbólico en el monasterio cisterciense que llevaba el nombre de la santa. Esta abadía era patronato de los Velada y en ella profesaban cuatro hijas de Gómez Dávila. Tras comer la regente y sus hijos con la comunidad de monjas, el príncipe Felipe, que ya tenía cuatro años, dejó de vestir como niño y empezó a hacerlo como un hombre, esto es de corto<sup>9</sup>, tal y como se recuerda aún en el exterior de lo que en su día fue este importante recinto monacal.

Antes incluso de llegar a Ávila, Isabel ya había decidido donde estaría la Corte el siguiente invierno. Ella pensaba en volver a Valladolid y así se lo había dicho a Carlos desde Illescas el 21 de mayo<sup>10</sup>. Si la peste lo impedía, Toledo sería la siguiente opción. La salubridad, pues, y el bienestar de la familia determinaban los movimientos cortesanos, que estaban decididos, si se podía, con cierta antelación. Carlos, en la distancia, necesitaba saber si su familia se encontraba bien. El conde de Miranda le tranquilizaba semanas después de llegar a Ávila: “La Emperatriz y el príncipe y la señora infante llegaron aquí a Ávila y están con la salud que V. M. desea”<sup>11</sup>.

Finalmente, la Corte no pudo establecerse en Valladolid, pero sí en Medina del Campo, una villa situada a 55 kilómetros. Una visita real de estas características hacía que las autoridades no repararan en gastos, y tanto instituciones como particulares

<sup>7</sup> AGS, Estado, l. 22, f. 178.

<sup>8</sup> Carlos V eligió también el Palacio de los Velada para alojarse en su viaje de 1534. Felipe II nombró a Gómez Dávila primer marqués de Velada en 1557.

<sup>9</sup> ARIZ, Luis, *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Ávila*, Alcalá, Luis Martínez Grande, 1607, III Parte, p. 34.

<sup>10</sup> AGS, Estado, l. 23, fs. 16-19.

<sup>11</sup> AGS, Estado, l. 22, f. 182.

contraían grandes deudas. En este caso, la próspera Medina compró para el recibimiento de la familia imperial, piezas de terciopelo, damasco y raso a mercaderes de Valladolid, Rioseco y de la misma villa por un total de 289.170 maravedís<sup>12</sup>, por lo que el concejo quedó endeudado para varios años. Por otra parte, acondicionar el palacio en el que residiría la emperatriz costó 50.000 maravedís, y a ello había que añadir más gastos por las cantidades que se entregaban a los particulares que tenían que mover su casa<sup>13</sup>. A diferencia de lo ocurrido en Ávila al elegir una casa nobiliaria, en Medina pudo escogerse para el alojamiento el tradicional Palacio Real, el mismo en el que la reina Isabel la Católica había fallecido en 1504.

La estancia medinense comenzó a mediados de octubre y durante la misma, como ya era habitual, la emperatriz estuvo presente en varios actos festivos, incluidas corridas de toros. Pero, por encima de todos, destacó un acontecimiento que tuvo lugar al poco de llegar: la imposición del capelo cardenalicio al arzobispo Juan Pardo de Tavera, la auténtica mano derecha de Isabel para el gobierno. El acto se celebró en la colegiata de San Antolín y al mismo también acudieron el príncipe Felipe y la infanta María. A su término, hubo un gran banquete, con mucho vino, en el que no estuvo Isabel, que, con su habitual reserva y distancia, prefirió comer sola en su palacio. Posiblemente, como el cronista y predicador de Carlos V Antonio de Guevara le contaba en una carta al marqués de los Vélez, fechada el 18 de julio de 1532, al ser testigo directo de los hábitos de la emperatriz en una de sus visitas a la Corte: “A lo que decís qué come y cómo come la Emperatriz... come frío, y al frío, sola y callando”<sup>14</sup>. Y al parecer, tomaba muy poca cantidad de comida y bebía agua envinada una sola vez. Es la descripción de una emperatriz, lo más alejada posible del bullicio, a la que también importunaban las miradas o comentarios que las personas próximas a ella hacían mientras comía: “... algunas veces se ríen tan alto las damas, y hablan tan recio los galanes, que pierden de su gravedad, y aún se importuna su Majestad”<sup>15</sup>.

La Corte permaneció diez meses en Medina del Campo, hasta agosto de 1532. La actividad política no cesaba y la emperatriz ya había demostrado a estas alturas sus capacidades a todo el mundo. Desde esta sede dirigió los preparativos para la empresa de Argel contra Barbarroja –que no se llevaría a cabo durante su vida–, al tiempo que se empleaba a fondo para defender la frontera con Francia y el litoral amenazado por

---

<sup>12</sup> Archivo Municipal de Medina del Campo, H, Caja 268-4333, fs. 322v-326v. Libro de Cuentas del Mayordomo, Medina del Campo, 26 de enero de 1532.

<sup>13</sup> ALVAR EZQUERRA, Alfredo, “El Gobierno de la Emperatriz y la consolidación de la dinastía”, *Política y cultura en la época moderna*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2004, p. 60.

<sup>14</sup> GUEVARA, Antonio de, *Epístolas familiares*, Amberes, M. Nucio, 1603, p. 126.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 127.

los musulmanes. Coordinaba la colonización de los territorios americanos, velando por la defensa del indio, favoreciendo el poblamiento y fundando la ciudad mexicana de Puebla. De las nuevas tierras llegaban unos metales preciosos, siempre insuficientes, que paliaban en parte las necesidades económicas del Imperio y de los reinos. Ella se empeñaba en lograr recursos por todos los medios, estando tan cerca del botín francés logrado por la liberación de los hijos de Francisco I, que custodiaba Álvaro de Lugo en el Castillo de La Mota, pero cuya gestión dependía de Carlos.

El príncipe Felipe se recuperó de las fiebres tercianas que había vuelto a tener a principios del verano de 1532, lo que Isabel comunicó a Carlos para su tranquilidad. Precisamente, al heredero, que ya tenía cinco años, se le había concedido hacía unos meses la orden del Toisón de Oro en el capítulo celebrado en Tournai. Y así fue transcurriendo esta etapa en Medina, siempre pendiente de su salud y de la de sus hijos, asistiendo a los oficios religiosos y atendiendo a sus obligaciones políticas. Pero también hubo tiempo para disfrutar de este gran centro mercantil por el que se interesó Isabel. Seguramente enriqueció su biblioteca gracias al florecimiento cultural de la villa. Además, aprovechó la feria para comprar buenas y ricas telas, al margen de las que venía adquiriendo hacía tiempo en el mercado italiano, gracias a la mediación del embajador en Génova, Gómez Suárez de Figueroa. La emperatriz vivía con austeridad, pero le gustaba enriquecer sus aposentos y renovar sus vestimentas con la mejor moda de la época<sup>16</sup>.

Al igual que había ocurrido en Madrid y Ocaña, Isabel abandonó la Corte en algunas ocasiones. Al menos viajó a Tordesillas en dos momentos para visitar a la reina Juana. Acudió junto a sus hijos al lugar de encierro de su tía y suegra, a 25 kilómetros de Medina, para estar unos días con ella. Las dos visitas, en los meses de febrero y agosto, duraron algo más de una semana (entre el 9 y el 19 de febrero, y el 18 y el 26 de agosto)<sup>17</sup>. La última se hizo coincidir con la salida definitiva de Medina, porque hasta allí también había llegado la peste. El 8 de agosto, días antes de partir a Tordesillas, Isabel comunicaba a Carlos que debían buscar un nuevo emplazamiento, como Toledo u otro sitio sano para pasar el invierno<sup>18</sup>. Tampoco en esta ocasión fue Toledo, sino Madrid. Pero antes, había que hacer otra parada obligatoria para celebrar las Cortes de Castilla que presidiría la emperatriz.

Segovia pareció el lugar más propicio y además estaba en el camino hacia el centro peninsular. La regente se instaló en el Alcázar de esta ciudad durante seis semanas,

<sup>16</sup> JIMÉNEZ ZAMORA, Isidoro, *op. cit.*, p. 196.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 188.

<sup>18</sup> AGS, Estado, l. 24, f. 63.

hasta mediados de octubre. Estas fueron las Cortes de la emperatriz, cuya apertura presidió en la jornada del 6 de septiembre desde su silla real, y en las que intervino en varias ocasiones, aunque el peso de las sesiones lo llevara el cardenal Tavera. La gobernadora logró convencer a los presentes de la necesidad de contribuir económicamente a la causa del emperador contra los turcos, obteniendo una cantidad de dinero (480.000 ducados) superior a la prevista, gracias a su habilidad negociadora. Cerradas las sesiones de las Cortes castellanas, Isabel y su séquito se dispusieron a realizar el movimiento previsto, que finalmente los llevaría otra vez a Madrid. Días antes, los aposentadores reales se habían dirigido a la villa para preparar el retorno de Isabel y gran parte de la Corte ya estaba instalada allí.

La emperatriz permaneció solo cuatro meses en Madrid. A su llegada, como era de rigor, el recibimiento de las autoridades, entre las que se encontraba el consejero Alonso de Fonseca. Tampoco en esta ocasión se ocupó el Alcázar, cuyas dependencias seguían sin estar acondicionadas y al gusto de Isabel. De nuevo, las casas de Pero Laso acogieron a los huéspedes reales. Los problemas de seguridad afectaban a los caminos y a las villas y ciudades, y Madrid no fue una excepción, si tomamos como ejemplo el atentado frustrado que sufrió el conde de Medellín cuando abandonaba la casa del cardenal Tavera. Así pues, con algún sobresalto y con el temor a los habituales problemas de salubridad fueron transcurriendo los últimos meses de 1532, en medio de una intensa actividad política. Todo dio un giro después de la Navidad, cuando Isabel supo que Carlos, por fin, volvía a la Península. Era un retorno demasiadas veces anunciado, que ella reclamaba una y otra vez, con el fin de que su esposo dirigiera los asuntos de los reinos, pero también para que regresara a su lado y junto a sus hijos, tal y como se puede comprobar en la correspondencia cruzada entre los emperadores, gracias al gran trabajo de María del Carmen Mazarío Colet<sup>19</sup> y al extraordinario corpus documental de Manuel Fernández Álvarez<sup>20</sup>. Carlos propuso que ella y sus hijos marcharan a Barcelona para encontrarse con él, e Isabel no dudó y empezó a organizar el que sería el gran viaje de la emperatriz por tierras castellanas, aragonesas y catalanas. Fue tal el entusiasmo, que incluso antes de la fecha prevista la regente tenía todo preparado. Había que garantizar el funcionamiento institucional del reino, y diseñó su plan de gobierno para que los consejos y el aparato administrativo funcionaran sin problemas durante su ausencia. El cardenal Tavera, su principal consejero, permaneció en Madrid durante los primeros días y se incorporó a la comitiva real en

---

<sup>19</sup> MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *Isabel de Portugal, Emperatriz y Reina de España*, Madrid CSIC, 1951.

<sup>20</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Corpus documental de Carlos V*, t. I, Madrid, Espasa Calpe, 2003.

Zaragoza, dos semanas más tarde. El 20 de enero de 1533 Isabel confirmó a Carlos que iría a su encuentro en muy pocos días<sup>21</sup>. El 17 de febrero la Corte de la emperatriz se puso en marcha.

## 2. UNA RUTA DE 39 DÍAS POR CASTILLA Y ARAGÓN

---

Isabel de Portugal seguía siendo la gobernadora de los reinos españoles, aunque, con motivo de su viaje a Barcelona, había dejado instrucciones para el funcionamiento autónomo de los consejos en los asuntos ordinarios. Y es que ella, a lo largo de este itinerario, en determinados lugares, pero especialmente en las grandes ciudades del recorrido, continuó abordando cuestiones relativas a la economía, la defensa o la situación en las Indias. La emperatriz era muy consciente del papel que desarrollaba y delegó solo lo imprescindible. Sabía, no obstante, que el cardenal Tavera representaba la otra cara de su plan de gobierno y que no habría, pues, ningún problema. Así las cosas, Isabel se dispuso a mover la Corte y a dirigirse a Barcelona en un viaje de 39 días que la llevarían por primera y última vez al reino de Aragón y al principado de Cataluña. El desplazamiento se desarrolló entre el final del invierno y el principio de la primavera de 1533. Fue lento y complicado, por las inclemencias del tiempo, por la incomodidad de los caminos y por las dificultades para alojar en buenas condiciones en todos los lugares al gran número de personas que la acompañaban. Junto a Isabel viajaban dos de sus consejeros, el conde de Miranda y don Juan Manuel, los cortesanos más importantes y los nobles en los que más confiaba. Y, por supuesto, sus hijos Felipe y María, de cinco y cuatro años de edad respectivamente. Carlos no los veía desde 1529, cuando el heredero no había cumplido los dos años y su hermana tenía ocho meses y medio de vida.

El lunes 17 de febrero comenzó el viaje de Madrid a Barcelona, que concluyó el 28 de marzo. Un total de seis semanas y media de recorrido en el que la caravana real era recibida con gran expectación en todas las partes a las que llegaba, con mucha gente que salía a su encuentro por los caminos. Podemos imaginarnos lo que suponría el paso por pequeños lugares del ámbito rural, especialmente si la Corte tenía que detenerse para abastecerse y descansar, con el consiguiente trastorno de esos pueblos y aldeas de alrededor para poder acoger a todos los acompañantes. Más preparadas estaban las ciudades del camino real, que era transitado con cierta frecuencia por los servidores de los monarcas, y por los que también había viajado y viajaría más adelante Carlos V. Una de ellas era Alcalá, el primer lugar en el que se detuvo la Corte. La emperatriz fue a visitar al arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca, cuya salud

---

<sup>21</sup> AGS, Estado, l. 27, fs. 81-84, en MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *op. cit.*, pp. 371-373.

había empeorado. Un año después, a la vuelta de Barcelona, la propia Isabel asistió en Alcalá a los últimos momentos de vida de uno de sus grandes consejeros. En esta primera parada del viaje, Alonso de Fonseca recibió a Isabel y su familia con una solemne fiesta<sup>22</sup>. Al día siguiente se reanudó la marcha hacia Guadalajara, una ciudad que acogió también con numerosos actos festivos a la emperatriz. Los gastos de esa celebración fueron muy cuantiosos. Un mes después de la misma, una provisión dirigida al Concejo de la ciudad prorrogaba en treinta días el pleito que Guadalajara tenía abierto con los lugares de la tierra, a propósito del repartimiento de los costos que supuso el recibimiento<sup>23</sup>. La ruta continuó desde allí a Hita, localidad situada a treinta kilómetros, donde Isabel pudo leer el correo que le llegó de Carlos con su aprobación del plan de gobierno que había hecho con motivo de su ausencia de Castilla. Antes de partir de Madrid, la regente comunicó a las ciudades, la Grandeza y los prelados los motivos de su viaje y cómo quedaba la gobernación.

Al pasar por Sigüenza, Isabel quedó relativamente cerca de Molina, a unos ochenta kilómetros. Esta era una de las villas de las que ella era Señora, y que con sus rentas contribuía al mantenimiento de su Casa desde su llegada a España<sup>24</sup>. Ahora, la urgencia la debía situar cuanto antes en Barcelona, pero a la vuelta a Castilla, junto al César, se desvió del camino y se acercó hasta Molina mientras Carlos seguía la ruta principal. La villa entera, engalanada y de fiesta, recibió de manera espectacular a la emperatriz el 24 de enero de 1534. Pero volvamos al viaje de 1533. El trayecto se vio interrumpido nada más dejar Medinaceli. Isabel había dejado claro qué personas necesitaba que fueran con ella a Barcelona. Pero en este lugar el duque de Escalona, uno de los nobles que más se había significado contra ella y su marido, salió a su encuentro. Con el estilo habitual, prudente pero contundente, se lo contaba así a Carlos días después en una carta fechada en Almunia: “A la salida de Medinaceli me alcanzó el duque de Escalona sin haberle llamado...”<sup>25</sup>. Para acompañarla, ahora que se aproximaba a la frontera con Aragón, no eran necesarios más nobles que los que llevaba, a los que había que sumar el condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco, y el duque de Medinaceli, Juan de la Cerda, aunque este no pudo acudir finalmente al estar indispuestos tanto él como su esposa.

---

<sup>22</sup> GIRÓN, Pedro, *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, CSIC, 1964, p. 23.

<sup>23</sup> Archivo Municipal de Guadalajara, Provisión al Concejo de Guadalajara, 30 de marzo de 1533, ref. 133385.

<sup>24</sup> Isabel de Portugal fue Señora de las ciudades de Soria y Alcaraz y de las villas de Molina, Aranda, Sepúlveda, Carrión, San Clemente, Albacete y Villanueva de la Jara.

<sup>25</sup> AGS, Estado, l. 27, fs. 78-80, en MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *op. cit.*, pp. 376-380.

A finales de febrero Isabel y la Corte entraron en Aragón (“aquellos reinos”, como figura en su correspondencia), y fueron recibidos y acompañados desde la raya por el gobernador y virrey Juan de Lanuza. Era la primera vez que la gobernadora dejaba Castilla desde su llegada a España hacía siete años. El día 28 pernoctó en Calatayud. Muy cerca, a cuarenta kilómetros, estaba Daroca. Ahora no podía desviarse, pero sí lo haría al año siguiente, al igual que en el caso de Molina. En esta ocasión, para conocer el milagro eucarístico de los Sagrados Corporales del que se hablaba desde hacía tres siglos. Pero en el viaje de 1533 había que continuar la ruta trazada, y tras dejar Calatayud se siguió camino hasta Almunia. Desde allí, como hemos visto, escribió a Carlos. Con la concisión habitual, daba cuenta el domingo 2 de marzo, dos semanas después de la salida de Madrid, de la magnífica atención y del cariño recibido en todos los sitios: “En los lugares por donde he pasado se me ha hecho todo el servicio y he sido recibida con mucha demostración de amor”<sup>26</sup>.

Tras abandonar Almunia, la comitiva se desplazó hasta La Muela y al día siguiente ya estaba muy cerca de Zaragoza, en concreto en el Palacio de la Aljafería<sup>27</sup>, descansando y preparando su entrada en la ciudad, que se produjo en la mañana del miércoles 5 de marzo. Poco antes, al parecer mil trescientos campesinos aragoneses salieron a su encuentro y se acercaron a su litera para expresar el regocijo que sentían ante su presencia y la de sus hijos, a lo que Isabel respondió con una sonrisa y permitiendo un besamanos espontáneo por parte de los labradores más importantes<sup>28</sup>. Aunque Isabel había previsto estar en Zaragoza tres o cuatro días, finalmente fueron siete las jornadas, lo que convirtió esta estancia en la más larga de la ruta a Barcelona. Se celebraron numerosos actos en su honor y las autoridades y un gran gentío acogieron calurosamente a la emperatriz. El propio Carlos V había pedido que así fuera, en una cédula dirigida a los jurados unas semanas antes. La regente cruzó las calles bajo palio, en una mula ricamente ataviada, y fue atravesando los arcos triunfales que ensalzaban la gloria de los emperadores. En la Catedral de Zaragoza, Isabel se arrodilló ante el altar mayor y allí juró los privilegios del reino. Posteriormente las autoridades la reconocieron como virreina y lugarteniente de Aragón<sup>29</sup>. Un gran recibimiento que, como en los casos posteriores de Lérida y Barcelona, incluía la entrega de regalos de piezas de plata, fuentes, vajillas y otros objetos con el escudo de las ciudades. Entre sus obligaciones religiosas no faltó la visita al templo de El Pilar, donde oró ante la

---

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> Isabel y sus acompañantes podrían haber pernoctado el 4 de marzo, según otras fuentes, en el Monasterio cisterciense de Santa Fe, a las fueras de Zaragoza. VILLACORTA BAÑOS-GARCÍA, Antonio, *La emperatriz Isabel*, Madrid, Actas, 2009, p. 359.

<sup>28</sup> GONZAGA, Manuela, *Imperatriz Isabel de Portugal*, Lisboa, Bertrand Editora, 2012, p. 381.

<sup>29</sup> RUBIO, María José, *Reinas de España. Las Austrias*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010, p. 95.

Virgen. Al mismo tiempo, la atención preferente a sus hijos y las noticias de Carlos, que se encontraba entonces entre Cremona y Milán. Y también, los asuntos de Estado, con el cardenal Tavera que ya se había sumado a la comitiva y que acompañó a la emperatriz hasta Barcelona.

Después de una semana en Zaragoza, la Corte reemprendió la marcha. Pina, Bujaraloz y Fraga fueron los últimos puntos de Aragón en los que paró el séquito para descansar y tomar provisiones. En la raya con el principado de Cataluña esperaba el virrey Fadrique de Portugal, que recibió a la emperatriz y la acompañó por el camino real hasta Barcelona. La primera gran estancia catalana de la Corte isabelina fue en Lérida; tres días de agasajos y de actos de todo tipo en honor de la gobernadora. Pese al viaje, el ritmo de trabajo no disminuía y ella seguía despachando asuntos de todo tipo como, por ejemplo, la orden enviada desde Bellpuig el 19 de marzo a la Audiencia de México sobre la fuga de los esclavos de las nuevas tierras americanas<sup>30</sup>.

Después de pernoctar en Bellpuig, la Corte se detuvo en Cervera e Igualada, y el domingo 23 de marzo entró en el Monasterio de Montserrat. La emperatriz partió con la comunidad benedictina y subió a la ermita para rezar ante la Virgen. Barcelona estaba ya muy cerca y el viaje tocaba a su fin. Al día siguiente durmió en Martorell y el martes 25 en Molins de Rey. Como venía ocurriendo desde su llegada a Sevilla en 1526, antes de la primera entrada a una gran ciudad había que esperar en un lugar cercano a que todo estuviera dispuesto, y más en esta ocasión porque la lluvia no daba tregua, después de meses de sequía. Ese lugar fue el Monasterio cisterciense de Santa María de Valldonzella. Aunque el tiempo no mejoró y seguía lloviendo, se decidió entrar en la ciudad. Barcelona recibió con gran solemnidad a la emperatriz el viernes 28 de marzo.

Con diversos actos en su honor y con la buena acogida tributada por las instituciones locales y por las numerosas personas que habían ido a Barcelona a rendirle pleitesía, concluía un intenso viaje de 39 días. La emperatriz se alojó en el desaparecido Palacio de Cardona, en el que tuvo que esperar aún hasta el 22 de abril, cuando finalmente, más de cuatro años después de su marcha, Isabel y Carlos volvieron a encontrarse. Y estuvieron toda la mañana de ese día juntos, sin salir de la cámara de ella, según nos cuenta el cronista Pedro Girón, en que se levantaron para comer<sup>31</sup>. La emperatriz permaneció en Barcelona cuatro meses más, hasta mediados de agosto, o junto a Carlos o en solitario, al encontrarse él en Monzón por la celebración de las

<sup>30</sup> Archivo Histórico de Ciudad de México, Cédulas Reales, vol. 426 A, t. I, fs. 70v-71r.

<sup>31</sup> GIRÓN, Pedro, *op. cit.*, p. 30.

Cortes aragonesas<sup>32</sup>. Especialmente tras el reencuentro de abril, el día a día, salvo incidentes aislados, transcurrió en un ambiente festivo con eventos muy variados, como una hermosa justa en la plaza del Born el domingo 25 de mayo, a la que asistieron los emperadores y otras altas personalidades<sup>33</sup>. Y también, con el homenaje de la ciudad a Carlos V con un “magnífico baile o sarao” que tuvo lugar dos días después en la Casa Lonja<sup>34</sup>, muy cerca del mar, al que acudieron la emperatriz Isabel y su hijo Felipe, que acababa de cumplir seis años y que ya podía lucir el collar del Toisón de Oro que le había sido impuesto a principios de mes.

### **3. UNA CORTE MÁS ESTABLE ENTRE MADRID Y VALLADOLID**

Con el regreso de Carlos a España el 22 de abril de 1533 la emperatriz cesó en sus funciones como gobernadora. Pero la experiencia acumulada durante tanto tiempo sirvió a su esposo y la tuvo a su lado como consejera privilegiada. Había demostrado su aptitud para el cargo y habría que pensar en ella ante posibles nuevas regencias. Aunque Isabel se apartó de la primera línea de acción política, se preocupó por asuntos como los americanos o los relacionados con sus señoríos. Carlos también pasaba a dirigir los movimientos de la Corte, aunque, como hemos visto, en algunos momentos los dos séquitos se separaban. Ocurrió cuando Isabel fue a Daroca y a Molina en enero de 1534, o cuando no siguió la ruta castellana trazada por Carlos en el mes de junio de ese año. El 28 de junio precisamente se producía otro golpe para la emperatriz al dar a luz a un niño que nació muerto en Valladolid. En octubre la Corte se trasladó a Madrid, y este sería, a partir de entonces, el reducido espacio por el que se movería la emperatriz, con Carlos o en solitario, si exceptuamos los últimos meses de su vida en Toledo.

El emperador tenía que abandonar de nuevo los reinos con la mirada puesta en la conquista de Túnez. Lograda la victoria, el César entró en Italia y se enfrentó otra vez, en esta ocasión con resultado adverso, a su archienemigo Francisco I. Todo esto hizo

---

<sup>32</sup> La emperatriz volvió a sufrir de tercianas y su estado llegó a preocupar tanto que Carlos V tuvo que regresar a Barcelona a toda velocidad desde Monzón el 19 de junio de 1533, solo un día después de haber llegado allí para presidir la apertura de las Cortes de Aragón. Permaneció junto a ella hasta el 12 de julio.

<sup>33</sup> FORONDA Y AGUILERA, Manuel de, *Estancias y viajes del emperador Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, comprobadas y corroboradas con documentos originales, relaciones auténticas, manuscritos de su época y otras obras existentes en los archivos y bibliotecas públicos y particulares de España y del extranjero*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1914, p. 375.

<sup>34</sup> CADENAS Y VICENT, Vicente de, *Diario del emperador Carlos V. Itinerarios, permanencias, despachos, sucesos y efemérides de su vida*, Madrid, Hidalguía, 1992, p. 231.

que Isabel reanudara sus funciones como gobernadora a partir del 2 de marzo de 1535. Estaría en el cargo hasta el 19 de diciembre de 1536. Así pues, un amplio periodo de tiempo –veintiún meses y medio– en el que los movimientos de la Corte se redujeron al máximo. Hasta el mes de mayo de 1536 estuvo en Madrid y desde entonces en Valladolid. ¿Cuál fue el motivo de esta mayor estabilidad de la Corte isabelina? Las dos ciudades fueron menos golpeadas por las enfermedades de la época. Además, eran los lugares idóneos para dirigir la política de defensa en sus dos frentes. Por un lado, ayudando a las flotas de Túnez y preparando el siempre retrasado asalto de Argel. Por otra parte, intensificando el control de la frontera pirenaica, en sus flancos oriental y occidental, debido a las nuevas tensiones franco-españolas en la Provenza. Y porque también desde ese corazón castellano era más fácil coordinar la política económica y presionar al máximo para lograr el dinero suficiente que permitiera afrontar el gasto militar.

El alojamiento madrileño de los primeros meses fue la casa del dignatario Juan de Vozmediano, y no el Alcázar, que seguía sin reunir las condiciones necesarias. Isabel estaba embarazada de nuevo y a principios de junio de 1535 pensó en cambiar de residencia en busca de un lugar más fresco. Se eligió la casa del tesorero Alonso Gutiérrez, donde el 24 de ese mes nacería su tercer hijo en llegar a la edad adulta, la infanta Juana, que con el tiempo fundaría en ese mismo sitio el Convento de las Descalzas Reales, donde tanto ella como su hermana María descansan en la actualidad. Nuevamente Carlos no estaba en el nacimiento de uno de sus hijos<sup>35</sup>. La Corte, sin embargo, se vistió de luto con noticias tristes que apagaron el ánimo de la emperatriz: la muerte de su sobrino Luis Filiberto, que llevaba junto a ella y sus hijos dos años, y, pese a la distancia, el fallecimiento de Catalina de Aragón, que apenas mucho a quien durante la Gran Regencia se había volcado en defender su causa.

A las puertas del verano de 1536, la emperatriz se sentía cada vez más frágil, necesitaba cambiar de aires y, en contra de algunos consejeros, decidió mover la Corte después de tantos meses en Madrid. Preocupada también por la salud del príncipe Felipe, que había estado enfermo a causa de la viruela<sup>36</sup>, consideró que había llegado el momento de volver a Valladolid. El lunes 29 de mayo dejó Madrid y se dirigió primero a Segovia, donde pasó unos días y asistió a los actos religiosos del Corpus. El 9 de junio la Corte entró en Valladolid y la emperatriz se alojó en la nueva residencia que Francisco de los Cobos se había hecho construir hacía pocos años, y que quedaría habilitada para futuras visitas como Palacio Real. Se convirtió en una de las favoritas

---

<sup>35</sup> Carlos V solo estuvo cerca de Isabel en el nacimiento de su hijo Felipe el 21 de mayo de 1527 en Valladolid. El emperador no se encontraba en la Corte cuando nacieron sus otros cuatro hijos: María en 1528, Fernando en 1529, Juana en 1535 y Juan en 1537.

<sup>36</sup> GIRÓN, Pedro, *op. cit.*, p. 66.

de Isabel, disfrutaba en ella y además por sus estancias veía con más alegría y salud a sus hijos. Para cubrir sus necesidades espirituales, al igual que había hecho en Madrid años antes, mandó construir un pasadizo para comunicar sus dependencias con un templo cercano, la capilla de la Cofradía del Rosario<sup>37</sup>.

La emperatriz se desplazó a Tordesillas para encontrarse con Juana de Castilla en octubre, el mismo mes en que fallecía otra reina, Germana de Foix. Como en ocasiones anteriores, Isabel no hizo una visita de cortesía porque permaneció a su lado seis días. No hay que descartar más salidas a Tordesillas, pero para encontrar registrada la siguiente hemos de fijarnos en el final de esta regencia. Si la anterior había finalizado en Barcelona con ese largo viaje desde Madrid, este Gobierno Intermedio (1535-1536) concluiría en la residencia de Juana. Allí esperaban a Carlos, Isabel y sus tres hijos desde mediados de diciembre. El emperador conoció entonces a su hija Juana, que estaba a punto de cumplir un año y medio de edad. En familia y en medio de una gran nevada, la emperatriz y su familia pasaron unas Navidades inolvidables.

Con Carlos en España, la emperatriz volvía a dar un paso atrás en los asuntos de gobierno. Pero siete meses después, el 23 de julio de 1537, tuvo que asumir la regencia de Castilla, mientras el César viajaba a Aragón. Esta nueva salida no sentó nada bien a Isabel y desatendió algunas consultas. Su salud mostraba ya síntomas preocupantes. La Corte siguió en Valladolid y no hay constancia de que durante los siguientes meses la regente abandonara su casa residencial (sí lo había hecho junto a su marido para acudir a Tordesillas en el mes de marzo). En el palacio de Los Cobos esperó el alumbramiento de un nuevo hijo, llamado Juan, que nació el 19 de octubre. Tenía poco más de un mes cuando el emperador lo conoció tras regresar a Valladolid el 28 de noviembre. La alegría de Isabel por la vuelta de su marido duró poco. Muy triste, exteriorizó su sufrimiento cuando este anunció que tenía que dejar de nuevo Castilla y se pasó todo el tiempo llorando junto a él. Otra interrupción vital y política que ponía al máximo de sus fuerzas a la emperatriz. Carlos no esperó siquiera a que pasara la Navidad y de inmediato emprendió un viaje de diez días a Barcelona, bastante complicado por la lluvia y la nieve<sup>38</sup>.

El año 1538 fue el de las últimas regencias de Isabel de Portugal. La primera comenzó el 21 de diciembre del año anterior y obligó a la gobernadora a hacerse cargo de los asuntos de Castilla mientras Carlos seguía en Aragón. La siguiente, desde el 25 de abril, dejó a Isabel al frente de los reinos hasta la vuelta definitiva del César el 12

<sup>37</sup> REDONDO CANTERA, María José, *op. cit.*, p. 292.

<sup>38</sup> SANTA CRUZ, Alonso de, *Crónica del emperador Carlos V*, t. III, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención militares, 1922, p. 467.

de agosto de 1538. En estos meses, la Corte no tuvo el brillo anterior, la emperatriz se mostraba frágil y había descuidado algo su imagen. Contribuyó a ello la muerte de su hijo Juan, de tan solo cinco meses, acaecida el 20 de marzo. Y también, otra importante pérdida, la de su querida hermana Beatriz, la duquesa de Saboya, que murió en Niza el 8 de enero. Sin embargo, la emperatriz siguió diariamente los asuntos de gobierno, como puede comprobarse a través de la copiosa documentación existente en numerosos archivos. Los problemas económicos y la presencia de los berberiscos en aguas del Mediterráneo seguían inquietando en la Corte. A pesar de que en las instrucciones dadas durante todos estos años ella no quedaba con competencias en asuntos del exterior, Isabel no dudó en aconsejar a Carlos y ofrecer su opinión sobre el rey francés o acerca de los pasos que daban los luteranos. Y también ahora sobre las dudas de Paulo III para convocar un concilio, mostrando con cierta claridad su desconfianza e incompreensión por la actitud del papa. Por lo que respecta a los movimientos de la Corte, no hay que descartar que en estos meses hiciera alguna salida a Tordesillas u otro lugar, pero parece poco probable. De modo que la Corte dinámica de los primeros años se transformó en una sede de poder más estable. Aunque Isabel no fijó su residencia en ninguna ciudad, podemos decir que en estos últimos tiempos apostó por Valladolid. Fueron momentos de cierta calma a pesar de los disgustos familiares y su maltrecha salud.

Carlos entró en Valladolid el 12 de agosto de 1538. Al poco tiempo, todo se preparó para trasladar la Corte, no sin antes despedirse de Juana en Tordesillas el 20 de septiembre. Tras detenerse en Madrid unos días, la comitiva real hizo su entrada en Toledo el 23 de octubre. La emperatriz pasaría en la ciudad del Tajo sus últimos meses de vida. Su cuerpo ya no aguantó un nuevo embarazo y días después de sufrir un aborto, falleció en el palacio del conde de Fuensalida. Hasta allí se había trasladado semanas antes buscando un lugar más luminoso y más cercano a la naturaleza. El jueves 1 de mayo de 1539 murió la emperatriz y reina de España. Su delicado estado físico y su quebranto anímico, como recordaba Manuel Fernández Álvarez refiriéndose a lo que nos dejaron los cronistas al hablar de melancolías y llantos, junto a la pesada carga que habían supuesto los siete años de gobierno de los reinos<sup>39</sup>, precipitaron su final. Durante sus regencias contactó directamente con la sociedad de su tiempo gracias a los movimientos de la Corte y a los itinerarios que, por distintos motivos, realizó en solitario y también junto a su marido.

El cuerpo de la emperatriz realizó un último viaje al día siguiente de su muerte. El destino era Granada, aquel lugar feliz en el que pasó su luna de miel. El largo

---

<sup>39</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Carlos V. El César y el hombre*, Madrid, Espasa, 2015, p. 591.

recorrido fúnebre coincidió con unas temperaturas que obligaban a que la comitiva viajara por la noche para evitar el calor y para que el cuerpo en descomposición no desprendiera tanto olor<sup>40</sup>. Nambroca, Orgaz, Yébenes y Consuegra fueron las primeras paradas. La procesión siguió por tierras manchegas en Malagón, Valdepeñas y El Viso. Las gentes del camino salían a ofrecer a los más de trescientos acompañantes del féretro carros llenos de pan, vino, agua y queso<sup>41</sup>. En la desaparecida Venta de los Palacios, la comitiva se adentró en Andalucía. De Vilches pasó a Úbeda, donde, ya anochecido, se hizo un solemne recibimiento, siendo todos los miembros del séquito muy bien hospedados y tratados en esa villa, que era la localidad natal del secretario carolino Francisco de los Cobos<sup>42</sup>. Baeza, Jódar, Jaén, Huelma y Albolote fueron las últimas paradas de un recorrido que culminó con la entrada del féretro en Granada el sábado 17 de mayo. Allí permaneció, junto a los cuerpos de los Reyes Católicos y de Felipe el Hermoso, casi 35 años. Su hijo, el rey Felipe II, decidió trasladar sus restos y unirlos a los de su padre, el emperador Carlos V, enterrado en el Monasterio cacereño de Yuste en 1558. De esta manera, los dos, Isabel y Carlos, iniciaron en Yuste su último viaje juntos con destino al Monasterio de El Escorial, su lugar de descanso eterno desde 1574.

## CONCLUSIONES

---

La Corte itinerante de Isabel de Portugal tuvo una clara continuidad con respecto a la de Carlos V. Cuando hubo que dirigir y decidir sobre la sede del poder siguió métodos similares y diseñó los movimientos, junto a sus consejeros, sin desviarse de los caminos reales establecidos e introduciendo solo ligeras modificaciones. En el periodo de sus gobiernos, entre los años 1528 y 1538, la Corte en su conjunto o su séquito particular, numeroso en cualquier caso, realizó más de cuarenta desplazamientos por ciudades y villas de Castilla, Aragón y Cataluña. A estos habría que añadir los que hizo junto a Carlos V, desde su encuentro de 1526 hasta el último viaje a Toledo de 1538. Incluso en esta situación, la comitiva isabelina funcionó con cierta autonomía y tomó en ocasiones un rumbo alternativo al camino oficial que seguía su marido.

El movimiento era algo habitual en las Cortes de la época. Isabel no pensó nunca en una residencia fija cuando tuvo poder de decisión ante las ausencias de Carlos. Pero sí mostró cierta predilección por Madrid y Valladolid, especialmente en los últimos años de sus regencias. Desde estas ciudades, en las que el aparato institucional,

---

<sup>40</sup> ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *La Emperatriz*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012, p. 344.

<sup>41</sup> GIRÓN, Pedro, *op. cit.*, p. 317.

<sup>42</sup> VILAR SÁNCHEZ, Juan Antonio, *Carlos V. Emperador y hombre*, Madrid, EDAF, 2015, p. 241.

con los diferentes Consejos o la Chancillería de Valladolid, podía funcionar a pleno rendimiento y sin delegación, era más conveniente afrontar la agenda política diaria. Cuando no fue posible, como hemos visto, la emperatriz siguió apostando por lugares próximos a ambas ciudades o a Toledo. Pero casi siempre fue la salubridad la que determinó los desplazamientos de una Corte que necesitaba proteger el bienestar de la reina y de sus hijos.

Los cambios de sede, más frecuentes en los primeros años de regencia, y el viaje proyectado en 1533 para reunirse con Carlos, permitieron a la emperatriz entrar en contacto directo con los altos representantes de la sociedad y con el pueblo castellano y aragonés. Sin desmarcarse demasiado de la línea trazada por el César, Isabel de Portugal supo perfilar una idea propia de gobierno en paralelo al control que ejercía sobre la Corte y sus movimientos, con el único fin de favorecer sus intereses, alejada del mundanal ruido y entregada a la causa de Dios, Carlos y su familia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

- ALVAR EZQUERRA, Alfredo, “El Gobierno de la Emperatriz y la consolidación de la dinastía”, *Política y cultura en la época moderna*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2004.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *La Emperatriz*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012.
- ARIZ, Luis, *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Ávila*, Alcalá, Luis Martínez Grande, 1607.
- CADENAS Y VICENT, Vicente de, *Diario del emperador Carlos V. Itinerarios, permanencias, despachos, sucesos y efemérides de su vida*, Madrid, Hidalguía, 1992.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Corpus documental de Carlos V*, t. I, Madrid, Espasa Calpe, 2003.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Carlos V. El César y el hombre*, Madrid, Espasa, 2015.
- FORONDA Y AGUILERA, Manuel de, *Estancias y viajes del emperador Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, comprobadas y corroboradas con documentos originales, relaciones auténticas, manuscritos de su*

*época y otras obras existentes en los archivos y bibliotecas públicos y particulares de España y del extranjero*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1914.

GAYANGOS, Pascual de, *Calendar of State Papers*, vol. IV, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1879.

GIRÓN, Pedro, *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, CSIC, 1964.

GONZAGA, Manuela, *Imperatriz Isabel de Portugal*, Lisboa, Bertrand Editora, 2012.

GUEVARA, Antonio de, *Epístolas familiares*, Amberes, M. Nucio, 1603.

JIMÉNEZ ZAMORA, Isidoro, *Isabel de Portugal, gobernadora. El poder a la sombra de Carlos V*, Madrid, Síntesis, 2019.

MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *Isabel de Portugal, Emperatriz y Reina de España*, Madrid CSIC, 1951.

REDONDO CANTERA, María José, "Palacios para una emperatriz itinerante. Usos residenciales de Isabel de Portugal", *Matronazgo y arquitectura. De la antigüedad a la edad moderna* (ed. Cándida Martínez López y Felipe Serrano Estrella), Granada, Ed. Universidad de Granada, 2016.

RUBIO, María José, *Reinas de España. Las Austrias*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.

SANDOVAL, Prudencio de, *Historia del emperador Carlos V*, t. V, Madrid, La Ilustración, 1847.

SANTA CRUZ, Alonso de, *Crónica del emperador Carlos V*, t. III, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención militares, 1922.

VALES FAILDE, Javier, *La Emperatriz Isabel*, Madrid, M. Aguilar, 1944.

VILAR SÁNCHEZ, Juan Antonio, *Carlos V. Emperador y hombre*, Madrid, Edaf, 2015.

VILLACORTA BAÑOS-GARCÍA, Antonio, *La emperatriz Isabel*, Madrid, Actas, 2009.

